REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica — 1934 — Sábado 19 de Mayo — Núm. 19

Año XV. No. 683

SUMARIO

SOBRE FEIJOO

Un libro de Marañón

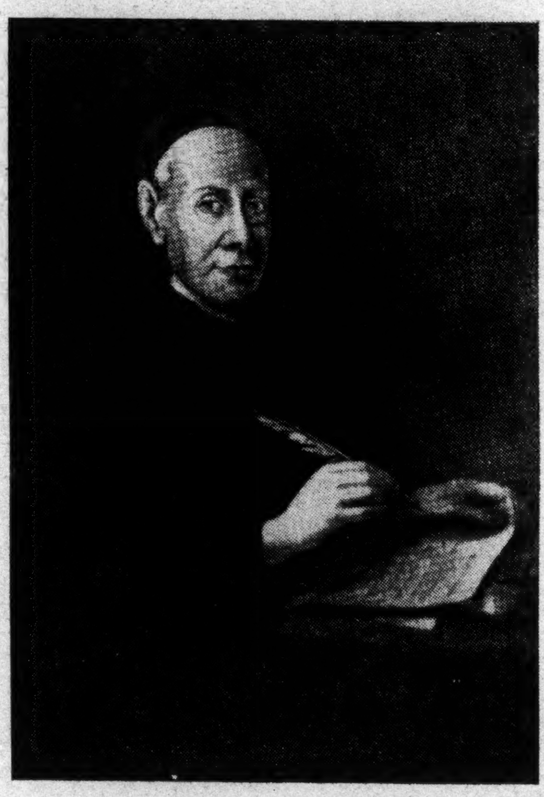
Por AZORIN

= De *La Libertad*. Madrid. España =

El nuevo libro de Gregorio Marañón merece ser señalado a la atención pública. Lo merece en grado máximo. Pongamos una piedra blanca en el camino. Se titula el libro **Las ideas biológicas del padre Feijoo (1).** Marañón ha leído detenidamente, pluma en mano, todo Feijoo. Ha leído lo que se ha escrito acerca de Feijoo, los libros, los folletos, los simples artículos periodísticos. Ha leído también los libros que más interesaron a Feijoo. Y, sobre todo ello, sobre la masa enorme de lectura, campea una inteligencia fina, pulcra, cuidadosa, exacta, cordial. El libro es una maravilla de escrupulosidad y de precisión. El autor de estas líneas ha escrito mucho sobre Feijoo; sólo parte de lo escrito está recogido en volumen. Digamos cuatro palabras sobre el siglo de Feijoo, la posición intelectual de Feijoo y el estilo de Feijoo.

———

Disiento de Marañón en el juicio de nuestro siglo XVIII. Para mí el siglo XVIII, tan reiteradamente depreciado, es un gran siglo. Son los del XVIII cien años pletóricos de vida, de pensamiento y de color. Desprendámonos del dañoso prejuicio. Los nombres de Feijoo, Hervás, Lorenzana, Flórez, Cadalso, Isla, Burriel, Iriarte, Mayáns, Meléndez Valdés, Piquer, Jovellanos, Forner, Moratín, son de primera magnitud. No citamos los de segunda, tales como Huerta, Masdeu, Sarmiento, Gerardo Lobo. En cuanto a la política, ahí tenemos a Patiño, Campillo, Ensenada, Aranda, Floridablanca, Campomanes y el mismo Godoy, tan injustamente tratado. El siglo XVIII es en España el siglo de la Botánica. Lagasca entra en el siglo XIX. Su descubrimiento del liquen islándico en las montañas de Asturias es de 1803. Pero este hombre representativo se ha formado en el siglo XVIII. ¿Cómo con tantos y tan espléndidos nombres puede ser considerado el siglo XVIII como pobre, mezquino, oscuro, supersticioso, ignaro? No lo sabemos. Gregorio Marañón, adelantándose a la objeción posible, dice que hay que considerar, no las cumbres,



P.e Benito J. Feijoo

Pintado por *Granda*

sino el nivel medio. ¡Pero son tantas las cumbres! ¡Son tantas las personalidades distinguidas! Son tantas que casi estamos tentados de decir que es imposible que en un terreno estéril puedan germinar y crecer tan bellos árboles. ¿Y cómo determinaremos cuál es el nivel medio? Marañón, incidentalmente, habla en su libro de un cierto médico que hablaba el latín. "Lo cual demuestra, entre otras cosas—añade—, que en aquel tiempo, para vergüenza del nuestro, hablaban en latín hasta los médicos que no habían pasado por la Universidad". No había cursado estudios universitarios el médico aludido. Difícil es apreciar el nivel medio de un país. Cuando se analice el nivel medio de ahora, dentro de ciento o doscientos años, ¿qué pensarán de este nivel al encontrarse ante la vandálica destrucción del riquísimo archivo del padre Zacarías García Villada? ¿Y cómo explicarán que en Valderas, provincia de León, patria de uno de los más grandes escritores españoles, el padre Isla, se haya arrancado su nombre de una calle entre la befa y el escarnio? Y si vamos a las cosas menudas, si descendemos a lo elemental y primario, es decir, al pueblo, al labriego, ahí está el discurso de don Ignacio Bolívar en su ingreso en la Academia Española, en que se nos dan curiosas noticias respecto a las inexactitudes, tocantes a la Naturaleza, de los mismos que viven diariamente en contacto con ella. Atengámonos, pues, a las cumbres; veamos como cosa principal los árboles y no el césped. Y desde ese punto de vista defendemos nosotros el siglo XVIII.

———

Posición de Feijoo. Andrés Piquer, no citado por Marañón, es el hombre que calla en los corrillos donde se habla; calla, escucha y piensa. Pero de tarde en tarde pronuncia unas pocas palabras, que vienen a esclarecer súbitamente el tema debatido. Las observaciones sobre Feijoo que Andrés Piquer hace en su "Lógica" son capitales. Las hace incidentalmente, al pasar. Recojamos algunas y añadamos otras. Lo esencial en Feijoo es su prurito de novedad. Marañón habla de ese prurito; Piquer también. La cosa en sí es buena y es mala. Es buena, porque remueve el espíritu; es mala, porque puede dar lugar, en el espíritu, en la visión, en el juicio, a un peligroso desequilibrio. En ese desequilibrio incide Feijoo muchas veces. Feijoo quiere saber lo que nadie sabe. Feijoo quiere pensar lo que nadie piensa. Como el justo medio, el juicio sereno, no es lo pintoresco, lo llamativo, lo sorprendente, Feijoo, llevado de su prurito, se coloca en un extremo. El ansia de novedad le lleva a no quedarse en un punto en que no podría causar ni la sorpresa ni la admiración de las gentes. El saber hondo, callado, sereno, sin colorines llamativos, él no lo quiere. No lo quiere y al mismo tiempo lo envidia secretamente. Su actitud con el gran médico Gaspar Casal, el aludido anteriormente, actitud tan finamente estudiada por Marañón, procede de esto. Tal posición espiritual, peligrosa, le había de llevar, por afán de novedad, a ser injusto aun con su misma patria. Lo advierte Piquer. Si en el pleito que se

(1) Ediciones de Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1934.

discute se atraviesa España, y para lucirse, sorprender, admirar a los demás, Feijoo necesita sacrificar a España, la sacrifica.

Ahora habríamos de enumerar las ventajas innúmeras que la posición de Feijoo le reporta. Ha ocasionado en España Feijoo una renovación honda, salutífera, fecunda del pensamiento. Había necesidad de aire libre, aire oxigenado, y Feijoo se lo ha procurado a España; Feijoo es la claridad. A puñados esparce la claridad por toda el área nacional. No hay escondrijo, recoveco ni agujero en que no penetre un rayo de su luz. Tanta es la claridad, que casi ofusca. Se podría definir a Feijoo diciendo que es el hombre que no quiere misterios. ¡Y hay tantos misterios en la vida, en el arte y en la ciencia! ¡Y es tan fecundo y bienhechor, moral y estéticamente el misterio. También Piquer roza este tema al hablar de la influencia de los astros en la Medicina, influencia negada por Feijoo. Desearíamos en Feijoo un poco más de serenidad y alguna emoción ante el misterio.

¿Y el estilo? Gran controversia respecto al estilo de Feijoo. Hemos escrito varias veces sobre el asunto. Unos dicen que Feijoo es un gran escritor; otros, que no sabe escribir. Los dos bandos tienen razón. Gregorio Marañón lo tiene por un gran prosista. ¿Cómo se explica esta disparidad de criterios? Muy sencillamente: el enigma es elemental. Dos cualidades ha de tener la prosa para ser buena: pureza y propiedad. Feijoo, que va rápidamente a demostrar, a convencer, no tiene pureza y necesita a toda costa la propiedad. Con la pureza él no hace nada. La propiedad, es decir, la exactitud, la precisión, son para él indispensables. Para llegar a la propiedad necesita Feijoo hacer dos cosas: romper la sintaxis y apropiarse todas las palabras que le sirvan. El secreto de Feijoo es ése. Feijoo ha roto la sintaxis tradicional. Por eso es el renovador de la prosa moderna. La pureza cambia, porque los vocablos que ante eran bárbaros pasan a ser nacionales y limpios. Lo que no pasa es la propiedad. Y por eso Marañón está en lo cierto.

Un ruego a Gregorio Marañón para terminar. ¿Es que en otra edición del bellísimo libro no se podría quitar lo de llamar a Torres Villarroel "un galopín de la calle"? Torres Villarroel es un pintoresco, caudaloso y españolísimo prosista. ¿Es que no se podría quitar también lo de que son "pintorescos disparates" lo que se dice en la "Nueva filosofía de la Naturaleza del hombre", de Miguel o de Oliva Sabuco? Marañón adjudica la obra a la hija y no al padre. El libro es realmente femenino, es decir, fino y extremadamente sensitivo. No tendrá valor científico, como Marañón demuestra; pero es uno de los más deliciosos libros españoles que conocemos. En su primera parte es muy importante, a lo que juzgamos, penetrante y profundo, lo que se dice acerca de la influencia de lo moral sobre lo físico, cosa tan moderna. Y el estilo, en libro escrito por persona recogida en un rincón fragoso de provincias, se aparta de todo lo académico y tiene un exquisito sabor de terrazgo español.

Los dictadores

Por HEINRICH MANN

= De *El Sol*. Madrid. =

Los dictadores son, por definición, grandes hombres. Si no fuesen grandes hombres, ¿cómo habrían llegado a ser dictadores? Son, desde luego, hombres aclamados, exaltados, adulados por naciones, grandes también, por lo menos en cuanto al número de pobladores. Y es el número el que decide de todo en las dictaduras. Los dictadores se hacen confirmar por plebiscitos, en los que obtienen casi la totalidad de los votos. Cualquier otro Gobierno, monárquico o republicano, se felicita si consigue un 51 por 100. Los dictadores son totalitarios. El dictador necesita multitudes inmensas que se manifiesten en su honor y le procuren ovaciones continuas; necesita muros extensos que sean recubiertos de alto a bajo de enormes cartelones con su retrato de grandes dimensiones y rasgos severos, a fin de que masas humanas desfilen ante él saludando con las manos alzadas y bajo la escolta de los pretorianos armados de la dictadura. Precisa también que todo el mundo viva bajo el temor permanente a la violencia. Así se ve que la aparición de tres o cuatro de estos pretorianos en la terraza de un café incita a todos los consumidores a bajar la cabeza. Para imponerse a los espíritus, los dictadores disponen de una invención que estiman en su justo valor; tal es la "radio". En primer lugar, están de este modo, seguros de hablar solos. No como en la Cámara de los Diputados. El amo es aquel a quien nadie puede responder. Su voz, tremendamente amplificada, sale no se sabe de dónde, y hasta es probable que descienda de los cielos. Al oírla expresar con gran vehemencia sus voluntades perentorias, la nación, reunida en masas compacta ante los aparatos fatídicos, reconoce en esa voz su destino y el genio de su dictador. Porque éste amenaza, grita, desafía y alardea en su propio nombre. Así, pues, aun no estando transportada de gozo o de satisfacción, con un poco de complacencia puede la nación identificarse con su amo y creerse fuerte porque éste se dice irresistible. Y de esta forma la nación resulta... apaleada y contenta.

No exageremos, sin embargo, la fuerza de la sugestión que los dictadores pueden ejercer realmente sobre una nación que parezca estarles sometida ciegamente. No todo es, en la actitud de las masas, furor místico y gregario; conviene tener presente que siempre hay una porción de astutos y de pillos, así como de cobardes y pusilánimes, sin olvidar la atracción de cierta especie de prestigio mundano que la moda confiere a la dictadura. Se ve bien claro cómo se procura sacar ventajas de este prestigio en el terreno internacional. Las democracias, a pesar de ser más fuertes, tienen para los dictadores curiosas atenciones diplomáticas, como si se tratase de calmar los nervios de damas susceptibles. ¿Cómo asombrarse entonces de que los súbditos de los dictadores admiren a éstos aun con frecuencia sin creer en ellos y de que se apresuren a cortejarlos, a pesar de lo que les dicte su juicio interno?

Muchos de estos súbditos no son, efectivamente, víctimas de la grandeza impuesta y de la fascinación sospechosa. Se hallan, por el contrario, bastante bien situados para apreciar y aquilatar las habilidades del ídolo, que en suma no pasa de ser un hombre como los demás, y cuyos prejuicios primitivos y sus odios antiguos persisten al dirigir sus actos de dictador.

Así, hay dictador que, con toda su omnipotencia, no desdeña el hacer arrestar al hermano de un médico difunto, pero que diez años antes había dictaminado desfavorablemente acerca de sus facultades mentales. Entre los emigrados alemanes se halla actualmente un poeta delicioso y pobre, cuyo único crimen consiste en haber criticado hace mucho tiempo el estilo del grande hombre. Todo esto viene de lejos, del pasado oscuro de un fracasado hasta entonces. ¿El racismo? ¡La xenofobia! Pero su virulencia actual ha sido motivada por gérmenes introducidos tiempo atrás en su cerebro mediocre, siendo muchacho, por algún maestro de escuela rústico, ateniéndose a los manuales acomodados para una enseñanza reaccionaria.

Todo se limita en estos conductores de pueblos a ideas vulgarísimas recibidas en sus primeros años y embrolladas después por lecturas mal digeridas, pero sin que jamás haya intervenido un pensamiento libremente adquirido. Nacionalismo, armamentos y conquistas; esto es lo que conocen. La dominación de un partido organizado militarmente es lo que toman por alzamiento nacional. La servidumbre de las masas en provecho de un reducido círculo de acaparadores constituye toda su concepción de economía política. ¡Qué vejestorios son, en realidad, estos innovadores, y qué impotentes resultan para hacer progresar al mundo! Verdaderamente, no sirven más que para retardarlo en su marcha. Se dan cuenta de ello confusamente, y por eso su odio a los intelectuales, a los internacionalistas y a los demócratas es un odio personal, es la rabia de individuos de instrucción de-

ficiente, tan nebulosos en sus ideas como violentos, contra hombres que los aventajan y sobrepujan a pesar de sus aplastantes medios de opresión.

Es preciso convencerse de que se asiste en estos tiempos a una degeneración rápida e irreparable de la dictadura, forma de gobierno que en época pasada tuvo Napoleón. Este, al menos, no obstruyó el camino a las ideas nuevas; al contrario, conquistó para ellas el universo a fuerza de victorias obtenidas en campos de batalla reales y efectivos. Napoleón se dijo evidentemente que el único modo de justificar una dictadura es crearle una leyenda militar, y que la ley de la dictadura es la guerra. Los dictadores rebajados de talla en esta otra época suplen las victorias con amenazas y con el chantaje. Cuentan entre ellos un intrigante al lado de un histérico. Su paz es la que preveía M. Bergeret: una paz implacable y feroz; una paz siempre amenazadora, horrible, relampagueante y digna de los que la preparan, rugiente, fulgurante; una paz, en fin, que, más espantosa que la guerra más tremenda, helará de terror al universo.

Toda la política de estos dictadores es, en efecto, aprovecharse del terror que al mundo producen, juzgando que éste, por simples amenazas, se dejará reducir a la obediencia. Teniendo tantos hombres bajo su férula, consideran natural manejar también a los demás. Rompen Tratados existentes, y en cambio reclaman continentes que colonizar. Con paso firme, uno de ellos se separa de la Sociedad de las Naciones, mientras que el otro se vanagloria de quebrantarla, lo que denomina, con insolente burla, mostrar su fuerza moral. Se imaginan que pueden continuar de la misma manera y esperan por mucho tiempo aun atribuirse todos los provechos y todas las ventajas de una guerra cuyos riesgos no quieren asumir. En realidad, es inútil preguntar si tales dictadores desean sinceramente la paz. Son pacifistas decididos a contentarse con víctimas que se dejen devorar por convicción. Verdad es que a los otros pacifistas, a los pacifistas de buena fe, los han enviado, desde un principio, confinados a islas o a campamentos de concentración. Pero de todos modos procuran en absoluto prolongar una paz de su cosecha que les promete la supremacía internacional, manteniendo siempre sus países respectivos en estados crónicos de psicología bélica que los tenga entregados a la dictadura. Pero en caso de una guerra verdadera no sabrían qué hacer, pues precisamente los más inquietos de estos dictadores actuales no son soldados, sino hombres civiles. Este es su punto neurálgico. Una vez que se declarase la guerra, ellos dejarían forzosamente de figurar en primer término. Están a merced, no solamente de una derrota, sino igualmente de una victoria que inmediatamente haría pasar la autoridad al general vencedor. Como toda dictadura se apoya siempre únicamente en los éxitos afortunados individuales, los dictadores lo temen todo de una guerra que les suscitaría rivales cuya aureola se implantara en la adoración popular. Por supuesto, esta rivalidad la preveen, y tienen la obsesión de imaginar constantemente competidores posibles. El dictador italiano se deshace de ellos a su manera, alejándolos uno a uno. El alemán bien quisiera poder hacer otro tanto; pero tiene que habérselas con un tipo difícil de manejar y que ha tomado la delantera nombrándose general a sí mismo, sin que por ello sea más auténticamente militar que el otro.

La buena ocasión para las democracias deseosas de una paz verdadera que no vacile bajo el peso de eternas amenazas es aprovechar el miedo que estos dictadores de la decadencia tienen a la guerra. En realidad, temen a ésta mucho más de lo que las democracias pueden imaginarse. Con la guerra las democracias no mueren necesariamente, mientras que para estas dictaduras la guerra es el derrumbamiento seguro, porque justamente la guerra tiene para ellas fuerza de ley, que es la ley misma de las dictaduras. Todos sus actos, todas sus maquinaciones, no hacen más que acercarlos a la guerra; pero incapaces de afrontarla, buscan su salvación en el subterfugio de una paz violenta. Mas como se trata simplemente de desalojarlos de sus puestos, en cuanto encuentran con quien parlamentar aparecen más pequeños, porque recobran sus proporciones naturales y realmente son gentes inferiores.

A mi juicio, la idea misma de la dictadura está en plena descomposición. La multiplicidad de dictaduras que se propagan por toda la tierra, el cúmulo de dictadores que en cada país se amontonan, dictadores reemplazables a voluntad con subdirectores de igual violencia, sin que ninguno de ellos piense pasar de la opresión cruel y de la amenaza desvergonzada a la verdadera acción, son hechos actuales que ponen de manifiesto la atracción que ese régimen ejerce sobre los espíritus no muy firmes, principalmente sobre la gente joven. Puesto que la dictadura se halla al alcance de todos y que en el fondo no es más que anarquía, todo el mundo puede esperar llegar a conseguir su parte.

Ser dictador a poca costa es un ensueño muy generalizado, una aspiración que ha llegado a ser corriente en una mundo que tiende a disociarse y en una época de mentalidad relajada.

Pero, por el contrario, si un Napoleón, un verdadero dictador, único y universal, los sometiese a su orden rígido, veríamos cómo todas estas gentes se mostrarían inmediatamente suspirando por la libertad.

Los barones del robo

Por JOSE VASCONCELOS

= Envío del autor.—De Crítica. Buenos Aires, Rep. Argentina =

El título parece de Salgari, pero no se trata de novela, sino de realidad y la acción no se desarrolla en la Polinesia, sino en lo más encopetado de la sociedad neoyorquina de las últimas décadas. Tampoco encubre el rubro, ningún panfleto subversivo, ni siquiera pretende su autor erigirse en el hombre que acusa buscando un sano escándalo. Se trata simplemente de un libro de historia biográfica. Su autor, Mathew Josephson, es norteamericano auténtico; su editor, la casa Harcout y Cía., es bien conocida en Nueva York. Y el "New York Times", órgano conservador y cauto, lo comenta con el subtítulo: "La parte que los grandes capitalistas han desempeñado en nuestra historia". El nombre del libro en inglés dice como sigue: "The Robber Barons". Y los sujetos así blasonados, llamáronse en el mundo: Jay Gould, Jim Fisk, J. P. Morgan, Phillip Armour, Andrew Carnegie, James J. Hall y John D. Rockefeller. Toda una aristocracia del dinero, la única que, después de la guerra de la inedependencia, ha podido arraigar en tierras del Nuevo Mundo.

EL CULTO AL EXITO

La opinión corriente, durante muchos años fué llevada a creer que el millonario de Norte América era el tipo del hombre de acción moderno, agente del progreso, capitán benéfico que transforma en abundancia las soledades vastas del desierto. Hubo épocas en que la escuela primaria de Norte América se sometió también a esta religión nueva: el culto de la audacia y el éxito. Y los Carnegies y los Rockefellers han llegado a ser, casi miembros del santoral del nuevo culto, cuando no los protectores directos de escuelas nuevas, activas Garys. Precisamente el filósofo Dewey señala, como modelo escolar, las escuelas de este Mr. Wirth, que acusa de comunistas a los consejeros del presidente Roosevelt porque han osado disponer de la economía norteamericana sin consultar con los barones de Wall Street, retratados en el libro de Josephson. Y no sólo los pedagogos, también poetas de la talla de Ibsen solieron tomar de modelo (Peer Gynt) a los supuestos héroes de la aventura industrial y el enriquecimiento rápido.

Han tenido que pasar muchos años y ha tenido que producirse la catástrofe que hoy padece la nación norteamericana, para que el criterio se despeje y la justicia se abra paso, como siempre, tardíamente, ya que el niño se ahogó en el pozo. De todas maneras, nuestra pobre naturaleza se consuela de lo irremediable, hurgando en la podredumbre de sus juicios, en la abyección de sus mitos. Pues mitos llegaron a ser para el norteamericano y aun para muchos coloniales de nuestros territorios, las proezas de los Morgans, Rockefellers y Carnegies. La quiebra de la bolsa neoyorquina echa por tierra el mito del millonario héroe y genio, y lo reemplaza con una verdad que, por otra parte, era bien sabida de muchos, aunque apenas murmurada por unos cuantos indeseables: "Wall Street encerraba: Robber Barons y no genios de las finanzas". Y nada menos que el comentarista del "New York Times" exclama: "Se siente al acabar de leer el libro de Josephson que, si en vez de las historias políticas que se refieren sólo incidentalmente a las actividades de los grandes capitalistas, la mayoría de nosotros hubiese sido educada en las historias de los grandes capitalistas, con apenas referencia accidental a los hechos de los políticos, podríamos entender a nuestro país mucho mejor".

LA ASCENDENCIA DE LOS MILLONARIOS YANQUIS

Pero ya es tiempo de ofrecer al lector algunas primicias del libro: Sobre el abolengo de esta nueva sangre azul del continente, Mr. Josephson recuerda: "Carnegie era hijo de tejedores pobres de Escocia y a los catorce años trabajaba en un telar húmedo, doce horas diarias". "El padre de Rockefeller era vendedor ambulante de drogas sospechosas, etc., etc." Y en seguida se pregunta: ¿Cómo construyeron estos hombre su fortunas? Y para responder analiza los modos de crear fortuna en tres formas: por actividades que aumentan el haber nacional; por actividades que aumentan dicho haber, pero tienen carácter antisocial y por actividades francamente antisociales, ya porque nada crean o porque retardan el progreso de la comunidad.

El último tipo de actividad, afirma Josephson, es característico de la fortuna de los Gould. Los detalles de la vida del fundador son largos y cansados; pequeñas traiciones a sus socios y amigos y al final soberbias estafas públicas amparadas con el cohecho de las legislaturas. Sobre este aventurero vulgar, comenta el "New York Times": "La carrera de Gould ilustra, más luminosamente que cualquier otra, el nivel de la moralidad norteamericana en la Edad Dorada y algo aun de mayor significación permanente: las posibilidades de acumulación de inmensas fortunas, en el régimen capitalista, por medio de una política no constructiva, sino ruinosa".

John D. Rockefeller, añade Josephson, fué en muchas maneras tan despiadado como Gould: "Obtenía de los ferrocarriles rebajas secretas que le permitían vender a más bajo precio que sus competidores y arruinarlos. Aun llegó a obtener que los ferrocarriles elevasen la tarifa a sus competidores, pagándole a él parte del aumento...", pero observa el autor, "...incidentalmente estabilizó la industria petrolera, creándole economías con mejores métodos"...

Con gran imparcialidad examina de esta suerte Josephson, la acción de sus curiosos personajes. Todo el mundo sabe, por ejemplo, la historia de los Morgan, enriquecidos mediante la venta de material de guerra durante la guerra civil norteamericana; pero lo que todavía no se ha hecho público es el negocio mayor de las ventas enormes y las fortunas colosales realizadas por los promotores de la gran guerra. No conocerá nuestra generación los pormenores porque son muchos y conservan poder los cómplices, pero bien podemos aventurar que los hijos han aventajado a los padres. Los relatos de Josephson, historiador de una generación próxima, pero ya extinta, parecerán juego de niños comparados con los negocios sangrientos de los años anteriores a la crisis. Fué la época en que toda la América pasó a ser botín de una insaciable piratería. Nuevos truts como el del banano, han producido revueltas y han desgarrado naciones en Centro América y todo el mundo sabe y es ya lugar

común literario, la historia de los cohechos y las intervenciones petroleras en la América Española: "Aquellos padres de la patria, me decía una vez, tras de una cena en Nueva York, un petrolero norteamericano, refiriéndose al desfile patriótico de cierta nación creada por el imperialismo, con sangre hispánica... "aquellos padres de la patria"... "yo los había tenido en el pay roll"... los había tenido en la lista de asalariados..."

LOS ARCHIVOS SECRETOS

Cada veinticinco años, si mal no recuerdo, el Ministerio de Estado en Londres pone a disposición del público los archivos secretos. Allí han podido descubrir algunos estudiosos nuestros, tristes comprobaciones de la colusión de muchos de nuestros libertadores con el plan inglés de suplantación de España en el Nuevo Mundo, disfrazado con la gloriola de la emancipación. No sé cuántos años deberá retener el Departamento de Estado en Washington, el expediente de Morrow, el socio de Morgan, nombrado embajador en Méjico bajo la administración ultraimperialista del señor Coolidge. Algo dejó traslucir el propio señor Morrow en su testamento, cuando recomendaba a sus herederos... el gran Lindbergh entre otros... "que no exigiesen a la casa Morgan liquidación por sus haberes de socio, sino que aceptasen la liquidación que el mismo Morgan presentase, sin discutirla, pues tal era una de las cláusulas del contrato de sociedad vigente"... Pero sucedía que pocos años antes, al hacerse cargo de la embajada en Méjico y como alguien censurase que un socio de la casa Morgan asumiese la representación de todos los intereses norteamericanos, algunos de los cuales podrían estar en conflicto con los de Morgan, el ilustre ex-embajador juró que ya no era socio de Morgan...

El libro de Josephson es minucioso al juzgar la moralidad del procedimiento usado por los magnates del dólar para enriquecerse. Pero hay otro aspecto que podría señalarse en la conducta de estos ex-genios, llamémosles así, ya que por genios los tuvo cierta opinión vulgar de los comienzos de nuestro siglo Me refiero a la incapacidad mental que sus actividades revelan. Pues a menudo ni siquiera esbozan un plan constructivo cualquiera, sino que se limitan a explotar ideas acertadas de ingenieros o de hombres de empresa inteligentes, que ellos desplazan y comúnmente arruinan, cuando no arruinan también el negocio. Esto es, por ejemplo, patente para los que fuimos testigos de la actuación de Morrow, socio de Morgan y procónsul en Méjico. Se excusaba él mismo del trato distinguido que otorgaba a los peores elementos de la población—que él ayudaba a mantenerse en el poder mediante auxilios en dinero y en armas—diciendo que era menester asegurar "la estabilidad y la continuidad política para traer la prosperidad que permitiría pagar a los banqueros los sesenta millones anuales del servicio de la deuda". Obrando así con implacable criterio de negociante, no vió lo elemental y es que de tanto forzar una situación de agonía, produjo el letargo morboso, la ruina sorda y definitiva. Y el resultado de la gestión de Morrow, proclamado ilustre por toda una combinación periodística, ha tenido de epílogo que Méjico no pague, no pueda pagar, desde que Morrow intervino, un solo centavo sobre su deuda exterior, deuda que otros gobiernos antes de la intervención de Morrow, pagaron religiosamente. Bien se podría decir que no son buenos ni para el negocio los "barones" de que nos habla el libro de Josephson. Y, por fortuna, les está llegando la hora de la justicia, pese a la pedagogía activa de Mr. Wirt. Por fortuna, la democracia está consumando su propio aseo, mediante la nueva política de Roosevelt. Y cosa aun más inaudita, es el "New York Times", el padrino de Morrow, quien hoy rectifica y otorga primera plana a la exhibición de los modos y maniobras de los barones del dolar: "The Robber Barons".

Dos cartas americanas

= Envío de *Ricardo Riaño Jauma*. La Habana. =

París, 12 de octubre de 1933.

Señor D. Ricardo Riaño Jauma.
Habana.

Estimado compañero:

Recibo su carta y me apresuro a decirle que sigo con ansiedad creciente el esfuerzo ciclópeo de ese pueblo para defender su autonomía. La revolución cubana no tiene precedentes en la historia de América. Es la primera vez que salimos de la política personalista para encararnos con el porvenir y abordar el problema de la libre disposición de nosotros mismos.

Al escalar un plano superior ustedes llevan ganada la partida. Lo único que puede hacer peligrar el movimiento es la discordia. Hay que crear organismos recios que se impongan por la estabilidad y la decisión al respeto del mundo. Nada de ambiciones personales, nada de terquedades irreductibles, nada de violencias inútiles. El movimiento libertador barre las rémoras del pasado para crear un nuevo estado de cosas propicio a la organización y al desarrollo autónomo de la colectividad.

En el orden exterior, no hay que odiar nerviosamente a los Estados Unidos. Basta conseguir que los Estados Unidos nos respeten, para inaugurar con ellos una política de equivalencia y de dignidad. Si hasta ahora han parecido despreciarnos, es porque nos juzgaban a todos por los muñecos que nos representaban.

En el orden interior, no hay que levantar banderas de odio. La nación se desembaraza de tiranos y políticos venales para cohesionarse y tomar posesión de sí misma, fomentando al fin la vitalidad en beneficio de los nativos.

La divisa puede ser: altivez frente al extranjero, fraternidad entre los cubanos.

Cuba debe ponerse a la cabeza de la

evolución continental, haciendo triunfar la segunda independencia, que ha de repercutir en las demás repúblicas.

Hágase eco de estas palabras. Transmítalas a la juventud. Diga que estoy dispuesto a trasladarme a la Habana al primer llamado. Ojalá me fuera dado poner al servicio de ese pueblo heroico mis treinta y cinco años de prédica contra el imperialismo. Si juzgan que puede ser útil una palabra ajena a los remolinos locales y fundamentales, desinteresada puesto que a nada he de aspirar, daré por bien empleado el sacrificio de una vida. Surgen los primeros resplandores de la América nueva que se levanta.

Un apretón de manos muy cordial.

Manuel Ugarte

——

Habana, mayo 3 de 1934.

Sr. don Manuel Ugarte,
126 Avenue Emile Zola,
París.

Mi querido amigo y compañero:

Desde octubre 12 del año pasado que Ud. me enviara el Mensaje que había de trasmitr por mi conducto a la juventud cubana y que trasmití, he pensado dirigirme, viendo el conflicto de dos pueblos americanos como son el Perú y Colombia, a quien como Ud. tuviese la virtud ilustre de hacerse oír en todo el Continente Americano para en nombre de esta misma juventud a que Ud. hace referencia en su Mensaje, impelerle por los fueros del espíritu latino, invite a esos pueblos a una comprensión que no sea la que desgraciadamente han iniciado desde el conflicto de Leticia. Estimo que su voz se oirá en aquellos americanos que saben su desinterés a la causa de la confraternidad continental.

No hay por qué dejar de producir una palabra de paz conociendo que ella de antemano ha de quedar en el vacío. Nuestra responsabilidad, no es menor por cubanos en los que intentan efectuar un suicidio infructuoso para lo mismo que persiguen, y desventurado por el recelo que siembra en la obra de tradición saxoamericana.

Un nuevo conflicto bélico para el que se preparan estos dos países unidos por la religión y la raza y el espíritu de acercamiento que movió a sus guiadores es para todo hombre de esta generación y para toda curiosidad alerta un motivo más de pena profunda. La América Hispana no encuentra su solución como ya lo ha probado la Historia dividiéndose por disputas territoriales ni por altanería de superioridad política. Esta guerra,—para la que se afilan los dientes dos pueblos hermanos,—nos presenta en el ineludible deber de dar una voz de alerta a la nueva generación de esos países a la que se quiere hacer caer en patriotería ambiciosa corrompiéndole prematuramente el sentimiento en el juego sangriento de las armas. Evitarla es nuestro deber. No creemos que la fuerza haga prevalecer el derecho de posesión sobre la tierra en disputa. Por sí, hoy la fuerza cuando se emplea para vencer o cuando vence por ella misma no conquista sino en término provisional y ligero el disfrute de la victoria.

No es el caso, reinar más extensamente en estos instantes en que la humanidad se disputa la intensidad del reino; o séase del sentimiento de cultura sobre la fuerza. No quiero entrar en detalles en que se reconozca el derecho de agredir que tenga un Estado sobre otro; esto en sí es importante para los que pretenden justificar la guerra, no para los que quieren evitarla. Mientras que por el arbitraje o la inteligencia no se haya buscado solución a estos conflictos, estaremos defraudando el ejemplo de los Grandes. De esta forma se evita el luto y el odio de dos sociedades hermanas. El Estado entra en nuevas deudas exteriores si las tenía o las contrae sirviendo esto de afianzamiento al Imperialismo extranjero sobre la economía y la industria de nuestros países. He buscado en Ud. al hombre de meridiana visión y de capacidad también meridiana para que trasmita con su poderosa voz este Mensaje de paz al alma de Colombia y del Perú sin pensar con simpatía por ninguna parte y con intereses petrolíferos tampoco, sino haciéndolo por el bien común.

Su voz en este momento de confusión en que envuelve el chauvinismo local vendría a ser poderoso instrumento de reacción en el sentimiento continental.

En nombre de esta juventud que tanto a Ud. admira y considera uno de sus Maestros por el alcance de su palabra, quiera Ud. expresar a la América toda el grito formidable de Bolívar: ¡Unión o la anarquía os devorará!

Un afectuoso saludo de su amigo,

Ricardo Riaño Jauma

Voltaire y Rodó

= *Envío del autor.* San José, Costa Rica. Mayo de 1934. =

En aquella hora de flor en que la mañana abría la caja de sus luces y los pomos de sus aromas, en lo alto de rizada colina de luz que flotaba sobre el mar en calma, encontráronse Voltaire, el filósofo del pensamiento incisivo y José Enrique Rodó, celebrador de las edificantes disciplinas internas.

Conversaron:

—¿Qué haces?—Dijo el primero.

—Recordar a mis hermanos los hombres. ¿Y tú?

—Precisamente lo contrario: olvidarles.

—¿Acaso les odiaste?

Y mirando a la tierra, el gran francés:

—No; pero me reí de ellos de lo lindo.

—Hiciste mal, porque te reíste de ti mismo.

—Sólo así,—prosiguió Voltaire,—se puede vivir en el globo terráqueo.

—¿De modo, hombre de inteligencia y saber, que tus ojos nunca se nublaron de lágrimas?

—¡Jamás! El Diablo siempre me las enjugó a tiempo.

—Todavía persistes en mofarte de todo.

—Sí por cierto. Mi báculo es la ironía. Me placen el sarcasmo y el escarnio. Antaño me agradó sentarme en el tinglado del histrión y colocar el gorro puntiagudo del payaso, bien sobre el ara magnífica de oro y prometedora de esperanza, bien sobre ataúdes en cuyo fondo esperan sombríos comensales. Hoy me burlo de la Verdad.

Rodó, interrumpiéndole con reposado continente:

—La Verdad es Dios.

—¿Y la Mentira?

—Es Satanás, desde luego.

—Mala respuesta. Entonces Satanás no existe porque resulta mentira,—y el autor de Cándido sonrió con sorna.

—¡Voltaire, Voltaire! Tu vida terrena, que fué acerbo dolor, te obligó a combatirla de esa guisa: con orgullo luzbeliano. Deja ya tales armas que no son cosa de provecho. Voy a conducirte al lugar en que se enseñorea el verdadero amor, porque, ¿sabes?: la ironía tuya busca a Dios...

Acabadas estas palabras, el cielo volcó la urna de sus pinceles, ¡ensalmo!, en las armonías del Instante, ¡paz!

Voltaire y Rodó, enlazados con el hilo invisible e impalpable de la Sabiduría que une a las almas, se desvanecieron inesperadamente envueltos en suaves fuerzas recónditas.

Carlos Jinesta

Poesías de Victoria Bertrand

= Envío de *Max Jiménez* =

CRUEL

Un día partiré, muy delicadamente,
eternizando un dulce recuerdo entre los dos
Cuando menos lo espere, me iré secretamente
sin un nuncio de marcha ni palabra de adiós.

Sin por última vez temblar entre sus brazos,
me iré lejos, muy lejos, en un viaje fatal,
sin verter una lágrima, el alma hecha pedazos,
romperé nuestro ensueño como frágil cristal.

Sin mirarme en sus ojos, sin un beso postrer,
yo sabré, de repente, desaparecer
del mundo de su vida, como sombra fugaz,

y artista hasta el fin, nómada verdadera,
aunque sepa que él sufre y aunque sepa que espera,
no le enviaré un recuerdo ni volveré jamás.

TODAVIA

Todavía hay perfume en tu recuerdo,
a pesar del olvido y la distancia,
y a pesar de los cambios, yo no pierdo
el placer de envolverme en su fragancia.

Todavía hallo encanto en el pasado,
pleno de tus borrascas y tus flores,
a pesar del presente que me ha dado
la dulzura y la paz de otros amores.

No es que sueñe lo que pudo haber sido.
Es que hubo algo que no mató el olvido,
que vive, que recuerda y que perdura.

Es que mi alma, hoy amante de lo cuerdo,
puede aún embriagarse de locura...
Todavía hay perfume en tu recuerdo.

NOMADA

Me aburro de la gente, las cosas, los lugares,
tengo un alma de nómada con la ilusión de andar
por el lejano mundo. Siempre hay en mis cantares
amor por lo distante y ansias de volar.

Yo quiero ver la tierra, cruzar todos los mares,
viajar, ir siempre errante en continuo soñar.
Como el naranjo esparce su lluvia de azahares,
pétalos de mi vida yo quiero disipar.

No quiero detenerme, no quiero definirme,
quiero ser admirada, deseada, luego irme
como la primavera, siempre bella y fugaz,

toda aroma y ensueño, toda luz y armonía,
dejando algún recuerdo, perfume de poesía...
¡Seguir, seguir andando, y no llegar jamás!

UNICA

¡Cuántas mujeres en tu vida inquieta!
Vagos fantasmas de un lejano ayer...
¿No dejó ni una huella la silueta
de alguna, en las honduras de tu ser?

¿Quién sabe?... Se alejaron del poeta
marchitas ya las rosas del placer,
quizá sintiendo la angustia secreta
de saber que se iban para no volver.

Pero yo que me fuí en la primavera,
yo que deshojé, antes que se abriera,
la rosa de nuestra ilusión,



Victoria Bertrand

aunque soy una errante peregrina,
un día volveré, cual golondrina
que su nido dejó en tu corazón.

Victoria Bertrand

= *Colaboración* =

Mi dulce amiga no es hondureña, porque los poetas no tienen nacionalidad. Rubén, nació en Nicaragua; sin embargo, antes no hubiera podido producirlo, después, no le sería posible contenerlo.

Victoria, es pequeñita; ella dice que tiene los ojos verdes, conserva en todas sus actuaciones una limitada precipitación, dice las palabras como los pájaros, en la punta de los labios; pero lo extraordinario es hacer tan buenos poemas en Nueva York, en el año de 1934.

La mujer, artísticamente, está en un plano bastante más desventajoso que el del hombre, porque desde luego no cuenta con sus compañeras, y el hombre que es de suyo torpe, no sabe si lo qué le gusta es la carne o los poemas. En cambio, nosotros contamos con la exquisita sensibilidad femenina y con la honorabilidad y conocimiento de gentiles amigos. De aquí se desprenden los superiores poemas de mi amiga; es algo así como los poetas de los pequeños países que, faltándoles el respaldo, se ven forzados a dar verdadera poesía, y no terreno, número de habitantes, edificios grandes y patria.

Si un buen día las gentes pudieran sacar de paseo sus almas por la calle, las de los poetas serían inmediatamente llevadas a un museo de anomalías. Especialmente en estas ciudades de ajetreo fisiológico tan importante. Sin embargo, recordando palabras del ilustre escritor Viera Altamirano, llegaremos al convencimiento de que el edificio, las cosechas, las actividades por el dinero se concluyen y terminan. La poesía nace y no se muere, y además cree que los hombres llegarán a ser hijos pródigos de esa galería de pescadores de belleza.

Dice Croce que las interrogaciones aportan en sí cierto conocimiento de la respuesta. ¿Qué es la poesía? Mi amiga, habitante de la poesía esencial, puede aportar una respuesta completa.

Max Jiménez

Nueva York, 8 abril 34.

EN EL PINAR

Camina mi caballo por la alfombra rojiza
del pino que ha caído, y es tan suave su andar
que no se oye más ruido que el soplo de la brisa,
el quejido del viento, el canto del pinar.

Deleite indefinible por mi alma se desliza,
un placer infinito, un ansia de cantar,
soy un ser que de pronto un ensueño realiza
y siente que ha encontrado adonde descansar

Los pinos me rodean, respiro un aire puro,
me olvido del pasado, no pienso en el futuro
y solamente vivo minutos de ilusión

en que mi alma penetra al valle del olvido...
No sé si tuve un sueño, no sé si lo he perdido,
ni sé, ¡oh sabio instante! si tengo corazón.

A TIEMPO

Me estoy enamorando, lo presiento.
Aun en la obscuridad, veo el marino
y hondo azul de tus ojos, y tu acento
resuena en mis silencios, como un trino.

Me estoy enamorando. Yo ya siento
de nuevo iluminarse mi camino.
Llena mi alma el dulcísimo tormento
de confundir lo real con lo divino.

¡Es bella esta inquietud! Noches sin sueño,
persiguiendo la estela de un ensueño
que hacia un lucero se me va alejando...

Mas como del "después", sé la amargura
también, te digo adiós, con la dulzura
de ahora que aun me estoy enamorando.

ASI ES...

Ella te ofreció
todo lo que sabes que no tengo yo:
un corazón
que ha tenido y perdido más de una ilusión,
un alma herida
por la experiencia, flecha de la vida,
y un intenso pasado
del que por ti jura haberse olvidado

Y yo te he ofrecido
un rosal tan joven que aun no ha florecido;
yo soy el futuro
porque mi corazón es virgen y puro
y aun sueña feliz con coger una estrella...

Dime ¿crees tú su promesa más bella?
Si su experiencia en mí no encontrarás,
¿mi juventud podrá ella darte? ¡Jamás!

Oye, su ternura
debe estar mezclada con mucha amargura,
mientras que mi amor
es como el agua clara de un surtidor.

La experiencia prefieres,
ser mi iniciador en el amor no quieres,
y te vas, sin saber
que es mucho más bello enseñar que aprender.

Volverás, algún día, arrepentido,
pero entonces, quizá, el rosal haya ya florecido.

Estampas

En el aniversario 39º de la muerte del profeta hispanoamericano, José Martí

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =



José Martí — Dibujo de Valderrama

Fuerzas nuevas pide nuestra América para que el imperialismo yanqui no la acabe y esclavice. Volvamos a nuestros vigilantes y sigamos el camino de lucha previsora abierto por ellos. No importa que a lo que esos hombres sintieron y vaticinaron lo llamen romanticismo en el lenguaje "revolucionario" de esta época. Aleccionémonos para la lucha, en el romanticismo de Martí. Nadie como él en claridad y visión. Ignorarlo es volverse sordo al grito de la América angustiada por el imperialismo. Martí es quizá el espíritu de más profunda penetración. Combatió el imperialismo colonial español, pero nunca volvió la espalda al imperialismo yanqui que acechaba y ofrecía hipócritamente. Su fe estuvo en la América nuestra a la que pidió ayuda. Sabía que descuidar al enemigo era dejarlo entrar pacíficamente en estos pueblos. Organizó la redención de Cuba y no consideró que era empresa aislada. Las Antillas estaban dentro de esa empresa y con ellas todos estos pueblos.

Viaja Martí y a Costa Rica le corresponde recibir de su manos documento de gran valor anti-imperialista. Es la carta con que saluda agradecido a Pío Víquez. "Yo no puedo decir con las palabras—afirma en ella—vestidura tantas veces del interés y la lisonja, el tierno agradecimiento con que recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, el amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener a esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo. Yo no sé decir, en la pena del adiós, el orgullo y fe de americano con que he visto, cómo por su raíz de trabajo directo y el vigor de su carácter individual, por la altivez y holgura de su pueblo, criado en la fatiga de sangre y de luz, del alma contemporánea, no será Costa Rica, entre las naciones de América, la que llegue a la cita de los mundos, harto próxima para no disponerse a ella, sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensables para medirse en salvo con el progreso invasor. Ya han caído los muros y el hombre ha echado a andar. Quien no se junte a la cohorte le servirá de alfombra". No hay para Martí confusión: las Américas son dos, sin vacilación alguna: la nuestra, hispana, que quiere ser libre y unida; y la otra, sajona e imperialista. No tomemos los costarricenses sino como lisonja el juicio benévolo que de nosotros hace. Tomemos sí como vaticinio que no quisimos entender el desenvolvimiento que nos exigió por nuestra situación geográfica excepcional, para medirnos "en salvo con el progreso invasor".

Dos Américas separó Martí y no entregó nunca la nuestra a los peligros de la otra, imperialista y sajona. Quería acabar con el coloniaje español en Cuba, pero sentía a la vez que otro coloniaje más feroz esperaba a las puertas de nuestra América. No pudo por la magnitud y delicadeza de la empresa en que estaba, hablar con su claridad y franqueza habituales. Tampoco el imperialismo yanqui corría tan a prisa su dominio. Martí lo sentía desarrollándose, metiéndose avasallador en estos pueblos. Y para librarlos de la absorción les dijo que el Norte era uno y otro nosotros. El norte con sus organizaciones prontas a invadirnos. El Norte con sus intereses, con sus fuerzas de conquista totalmente en pugna con el destino de nuestra América. Eso lo entendió Martí y así lo predicó. Es decir, dijo a la América que había que desconfiar de la amistad de nación imperialista.

Un año después escribe al General Máximo Gómez exponiéndole el fin de su viaje por México y Centro América. Le habla en primer lugar de la cuota que cada país nuestro dió para la revolución cubana. Y luego el segundo propósito lo explica así: "Y el que, **(por la independencia mostrada, y el pensamiento de política anti-yankee que, sin exceso, dejo influyendo grandemente en México y Centro América, y entre estas dos regiones para su mayor paz)** nuestra revolución declarada y ya en vías de hecho halle por esta fuente ayuda amplia y pronta". Es decir, Martí da la clave para entender sus afirmaciones contenidas en la carta a Pío Víquez. Andaba recogiendo contribución honrada, contribución de gente de nuestra América para la revolución cubana. Pero andaba también haciendo política antiyanquista, que es decir política antiimperialista. Nos habló de la separación inconfundible entre las dos Américas. Nos dijo a los costarricenses que el "progreso invasor" nos debía encontrar armados para la lucha. ¿Y cuál es ese "progreso invasor" sino el que nos viene de los Estados Unidos? Martí previó una aviación yanqui organizada para atrapar las rutas aéreas de toda nuestra América en beneficio exclusivo del imperilismo. Previó una empresa rapaz incursionando para reducir al monopolio exclusivo del imperialismo la electricidad de nuestra América. Previó todas esas organizaciones bancarias que han regado empréstitos para encadenar a nuestros pueblos a la miseria y al vasallaje. Previó todas esas compañías del latifundio, de las minas, del petróleo, que son poderosas y dominan sin control ninguno. Ese es el progreso invasor que, hablándole a Costa Rica, vaticinó para nuestra América José Martí. Sólo que nadie lo escuchó y nuestra América está cercada por el imperialismo yanqui. No adquirimos el desenvolvimiento y la personalidad que él nos pidió como única forma de defendernos de la invasión imperialista que ya se desataba tumultuosa. Nos quedamos estacionados y el progreso invasor nos ha arrollado dejándonos sin lo que necesitamos para hacer vida de libertad. Los cómplices de ese progreso son nuestros propios hombres reducidos a la servidumbre del imperialismo. Por ellos y por la indiferencia colectiva estamos sucumbiendo. Día con día el yanqui dominador controla a perpetuidad nuevos recursos que le dan poderío. Es feroz y nadie lo contiene cuando lleva en el propósito la piratería.

Ninguno como Martí para inspirar

(Pasa a la página 302)

La prisionera

Por MARIA ALICIA DOMINGUEZ

= Colaboración. Buenos Aires, Rep. Argentina. =



María Alicia Domínguez

"Mi amor es mi peso; él me arrastra donde quiera que voy".

DESCONOCIDA

Ya hace una semana que la viajera llegó al hotel serrano y aun no ha conversado con nadie. Se la comenta con mucha curiosidad; le atribuyen indistintamente, orgullo y misterio. Despierta el interés de los hombres y la inquietud de las mujeres. Sin embargo, los susurros se apagan cuando pasa y saluda. La impone un señorío precoz para los pocos años que representa. Su cara es preciosa y seria; la expresión a la vez lejana y doliente, sugiere una idea de desamparo y de fuerza. Porque los ojos parecen empañados por un vaho de aflicción, pero la boca breve y enérgica los desmiente. El paso elástico, la figura delgada, la frente alta, se desliza entre las mesas de la terraza abierta sobre el paisaje.

Y se diría que el vestido, casi siempre blanco, y de una extraordinaria sencillez, bate como un ala y dispersa la hojarasca de los comentarios. Los hombres callan para admirar y algunas señoras se refugian en la elocuencia de un gesto desdeñoso. Sin embargo, todos reconocen desde el silencio, que ella ha pasado como una brisa que inclina las hierbas. Su color dorado, sus ojos largos, la personalidad que revelan todas las cosas que usa o prefiere, y hasta esa seriedad dolorosa incompatible con su juventud extremada, la definen como una criatura exótica, de un clima espiritual lejano y raro.

Está con ella, una mujer de edad indefinible, tal vez la clásica "señorita de compañía", a la que concede escasa conversación. Es evidente que la viajera prefiere la soledad. De noche, cuando se organiza el baile, se refugia en la terraza, a esa hora, solitaria. O baja, para perderse en la sombra de los molles. O se queda mirando el cielo cordobés del estío, que se desangra en luz clavado por las lanzas de oro de millones de soles. Al regresar, su ropa difunde la fragancia fría y deliciosa de la noche montañesa.

—¿No se ha fijado Ud.? Parece que el rocío le ha caído en los ojos—comenta un joven, al oído de su "flirt", una poetisa modernista que se encoge de hombros.

—Es que pretende hacernos creer que ha resucitado la musa dolorosa y trascendente.

—A lo mejor...—contesta el muchacho, con un acento bajo y casi entrañable que inquieta a su rubia compañera, la cual echa la cabeza hacia atrás con un gesto encantador y provocativo, mientras se rodea del vaho gris de su cigarrillo que palidece el oro demasiado fuerte de su pelo.

—Se me oculta Ud. detrás de una nube, como una diosa del cielo griego—pronuncia galante el joven, atento al rojo lacre de la boca femenina y al mohín con que apura su tabaco.

Ya no se nombra a la viajera. Su encanto, se suma olvidado al de la noche, que canta en el río y se mece sobre los álamos.

La "jazz" estrepitosa difunde su ritmo térmico entre la juventud que ríe. Mientras un perfil de indecible gracia se desliza al margen de la alegría ruidosa. Nadie lo advierte, fuera de un caballero de mediana edad, alto y distinguido, que fuma cerca de la ventana abierta.

El sí lo persigue con una admiración casi angustiosa. Cuando se sume en la sombra de una escalera que lleva a otro piso del Hotel, se vuelve hacia el amigo que le acompaña para preguntar:

—¿No sabe quién es?

—Todavía no. La acompañante es... incorruptible. Y ella no puede ser más oculta. Se desenvuelve con un olvido absoluto de nosotros.

Baja la voz para insinuar:

—A Ud. ¿le interesa mucho, doctor Heredia?

El nombrado contesta, despacio:

—Mucho. Tiene una asombrosa semejanza con mi única hija, la que perdí de quince años; son los mismos ojos, un poco asombrados, la expresión, la dulzura.

La voz varonil se rompe, emocionada, mientras el otro hombre considera con lástima al caballero. Todos lo respetan y admiran. Es un hombre de ciencia y de fortuna, solitario y herido, que viaja sin descanso. En él, resalta la ironía con que el destino suele burlarse de los mejor dotados, vedándoles para siempre la felicidad. Sabio, rico, todavía joven y muy gallardo, está solo en el mundo. Y persigue con implacable sed un olvido que no llega: ni de los paisajes a los que se vuelve en demanda de paz'.

AMISTAD

La ocasión se ofrece casi novelesca para el interés del Dr. Heredia. Esa tarde, la acompañante de la viajera, lo busca y lo encuentra en el paseo de los álamos que rodea el hotel. Se le aproxima con algún sigilo. Viene a buscarle como médico. La niña ha sufrido un accidente esta mañana, cuando montaba a caballo. Mientras lo conduce a las habitaciones, la mujer susurra algunas recomendaciones:

—Seguramente, ella se va a enojar, porque le he llamado. Pero temo que pueda haber algún peligro.

Cuando entran, la niña está de pie ante su tocador. Acaba de usar alcohol y deja el frasco de plata del "necessaire" para saludar sencillamente al visitante:

—¿El médico? Ya me lo figuraba, Ana. Usted es demasiado miedosa.

Despide a la mujer con un gesto y ofrece una butaca al doctor. Ella ocupa otra, de frente. Sonríe. La luz alumbra unos ojos pardos extraordinarios, que lucen reflejos de oro.

—No tengo nada. Apenas unos rasguños en la muñeca. Ya lo he prevenido todo, como usted ve.

Enseña la mano vendada; continúa sonriendo con una sonrisa difícil, dolorosa, que el visitante, cautivado, pretende analizar, mientras intenta una frase:

—Me fué a buscar la señora que la sirve a usted...

La muchacha sonríe ahora con algún desdén.

—¿Que me sirve? No. Ni me sirve ni me acompaña.

—¿Por qué no respeta su soledad?

—Es claro.

En seguida, rectifica con dulzura:

—Discúlpeme. Es usted muy amable. Se ha molestado por mí.

El Dr. Herdocia calla, impresionado por la voz musical que transparenta una firmeza extraña. ¡Es tan frágil y hermosa la criatura que parece ajeno su tono altivo y breve! El médico entiende de hallarse frente a un espíritu singular y no puede apartar sus ojos del rostro adorable que se parece tanto al de su recuerdo. Para distraerse, observa el cuarto con disimulo. Es claro; tiene todas las ventanas abiertas a la perspectiva lejana de los cerros. Algunos detalles, confirman en el médico la seguridad de que la viajera es de categoría: sus frascos de esencias, las piezas de marfil y de plata que brillan sobre el tocador, unas ropas de color y de corte delicioso, el portalibros de tafilete y de oro. Flota un perfume indefinible que parece desprenderse de todas las cosas que le pertenecen.

El médico está algo confuso; para disimularlo dice francamente:

—No tiene usted que agradecérselo todo a mi generosidad. También me ha traído otro sentimiento.

La ve oscurecerse como un agua sobre la que pasa una nube; sus ojos se hacen sombríos y él siente como si la atmósfera se enfriara en torno de ella; percibe que "se defiende". Un resplan-

dor de espada cruza por las pupilas que lo interrogan con altivez.

Y el hombre dice tristemente:

—No tema usted que le hable de amor. ¡Es que se parece tanto a una hija que perdí!

En el acto, ella vuelve a mostrarse dulce y compadece:

—Comprendo.

No dice más, pero refleja una tristeza tan solidaria que a él le parece que recién ahora le conoce el rostro verdadero. ¡Qué bonita es! ¡Y qué pálida está!

Se apodera de la muñeca vendada y quiere examinarla.

—Déjeme que la cure; porque me parece que usted sufre.

Entonces ve que el oro de los ojos se anega en una claridad líquida, rubia, que le parece una lágrima. Y la oye quejarse con una voz infantil:

—No es este dolor...

El médico conoce bien la arcilla humana; está acostumbrado a pulsar su latido. Sin abandonar su seriedad, pregunta, como si estuviera ante una enferma:

—¿Entonces?

Ella lo mira ansiosamente, dócil a la voz varonil, enérgica y noble que descubre como los metales, el temple del espíritu. Su alma vertical reconoce un alma semejante, fuerte y leal; mueve la cabeza de rizos oscuros y balbuce:

—Es una herida... que no está en la carne.

—¿Incurable?

—Sí; porque da pena y gozo.

—¿Amor?—pregunta el doctor Heredia, delicado y triste.

Ella hace señas de que sí, mientras él se queda mirando el agua oscura de los ojos que luce agitada, porque se ha removido el cauce.

Se acuerda que podría ser su hija y que está sola. Y dice solícito, levantándose para interrumpir una confidencia de la que más tarde puede arrepentirse la niña:

—¿No quiere Ud. que seamos amigos?

Ella le entrega una mano suave, pequeña y decide con su modo directo:

—Sí; muchas gracias.

Y le acompaña hasta la puerta desde donde alcanzan algunos pasajeros a verles despedirse.

LUCINA

A la mañana siguiente la encuentra en el camino de los Alamos, que da nombre al Hotel. El aire está muy azul y fragante; huele a romero y a alhucema. Hay una transparencia dorada sobre las sierras lejanas. Parece que la alegría de vivir se enciende con los colores y se levanta en el vuelo inmóvil de los montes. El silencio vibra con el susurro del agua, que ríe escondida entre los helechos.

Ella está leyendo un libro que cierra bruscamente, quizás en previsión de una temida curiosidad del doctor. El ha advertido que son versos. Y de pronto le parece que su admiración por la muchacha es absurda, improvisada por la remota semejanza. Seguramente, esta niña no esconde nada extraordinario. Es apenas una lectora de versos. Y el caballero sonríe con un poco de ironía, cuando el libro se pliega como un ala brusca y ella lo aprieta contra su corazón con una actitud que parece defensiva.

—No soy curioso—sonríe el médico. Sin embargo, quiero saber cómo debo nombrarla a usted.

—Puede llamarme... Lucina—murmura la muchacha.

—Bueno, **Lucina;** los versos no son el remedio que Ud. necesita.

Ella sonríe con amargura.

—Ya lo sé. Pero yo no puedo ni quiero curarme. Además, estos versos me acompañan.

—¿Por qué le recuerdan su caso personal?

—Por muchos motivos.

Acaricia el libro, con su mano sensible, un poco infantil.

—¿No puedo saber qué libro es ése?

La respuesta es breve y terminante:

—No.

Callan. Brota el agua fresca, gorgeante, y junto con la ráfaga que sacude los árboles, al hombre lo inclina una emoción llena de humana simpatía, frente a la criatura desvalida, en cuyos ojos ve temblar una llama que parece febril. Suplica:

—¿Por qué no se confía usted a mí? La veo triste y me acuerdo de mi hija. Yo también he sufrido mucho...

Lucina lo mira angustiosamente. Se establece una comunicación sensible y ella se abandona al reclamo amistoso:

—¡Pero si ayer se lo dije todo!

—Todo no. Necesito saber qué clase de amor es el que a usted la domina.

La voz se levanta cálida de afirmación:

—Llena el mundo. Y me sumerge a mí misma.

—¿Y... es merecido?

—¡Oh, sí!

—¿Pero desventurado?

—También.

Y de pronto camina unos pasos, desconocida, como ebria.

—Oígame, usted, por favor: todos los amores necesitan un confidente.

—Pero yo no tengo ninguno. De tanto callarlo, me ahoga mi secreto. Sí; adoro rendida en una dichosa servidumbre. Mi sentimiento ha conocido todos los climas. Ha ido desde la indiferencia hasta la idolatría; ha salvado como un pájaro inmortal, campos de fuego y montañas de hielo. Vivo sublimándolo en un esfuerzo incansable desesperado. Es una devoción que me enfría las manos y me sofoca el latido. Está difundida en mi vida como estas aguas delgadas y nerviosas de la sierra, presentes en todas partes. Soy la prisionera de mi sentimiento, no sólo en mí, sino también fuera de mí; desde todas las cosas. Vengo huyendo de la llanura donde me clama el recuerdo desesperadamente, en la infinitud que no concluye nunca de desdoblarse. Y aquí también las cosas le nombran. Y él me llama desde los álamos, pesa sobre mí con el cielo cargado de luceros, me sujeta con las raíces, me hace llorar con el aroma nocturno de la montaña. Me llama desde toda la belleza.

Se dobla, fatigadísima, ante el mirar asombrado del hombre que la oye, y que la ve arder como una llama blanca. Y de pronto rompe a sollozar con la mano abandonada en la del amigo que ausculta alarmado el pulso angustioso ¿No estará enferma? Acaba de describir un caso obsesivo, febril. El doctor Heredia busca los ojos magníficos, brillantes de lágrimas. Pero nota que reflejan una fuerte vida mental. No debe tratarse de ninguna dolencia nerviosa. Entonces le admira la capacidad de amor increíble en una mujer tan joven. Y quiere imaginar al hombre que seguramente merece un tributo apasionado y perdurable. Debe tratarse de algún espíritu rico y fuerte. Su mirada recae en el libro. La joven se ha recobrado ya y al advertir la expresión indagadora, vuelve a adquirir su aspecto firme. Sonríe, todavía vacilante, como el que pasa de pronto de la sombra a la luz.

—Tengo miedo de que usted se enferme, Lucina. Recién me pareció febril.

La ve sonreír con ironía:

—No. La salud y el valor son mi única riqueza.

Echa a andar junto al médico, rumbo al hotel. Cuando se adelanta, al doctor le parece que la mañana la celebra en sus pájaros y en la tierra maravillosa y azul de las colinas.

LLAMA BLANCA

—Hoy he descubierto dos cosas: que su nombre quiere decir ruiseñor y algo muy importante: su identidad, Lucina.

La muchacha se sobresalta. Abandona su silla de mimbre y se acerca al doctor Heredia que despliega un diario de Córdoba. Allí hay un perfil aguileño, de expresión seria y triste y un artículo muy elogioso para la joven e insigne "virtuosa" del piano que descansa en las sierras.

—¡Guárdeme usted el incógnito, por favor!—pide ella, casi infantilmente.

—¿Para que no la molesten? Con mucho gusto.

El médico ocupa una silla junto a Lucina. Están solos en la terraza, porque esta hora de la tarde es la que prefieren los turistas para realizar sus paseos.

—Hora dorada y azul...—comenta en voz baja el amigo.

Ella se estremece violentamente, tal vez sacudida por un recuerdo del que Heredia quiere distraerla.

—¿De modo que ocultaba usted nada menos que el secreto precioso de su arte?

—Porque necesito descanso.

—¿Y... olvido?

—Eso no. Estoy ligada a una promesa que no puede concluir. Me ata a la vida y debo cumplirla más allá de la muerte.

—¿Con él?

—Sí.

—¿Quiés es? ¿Cómo se llama?

Ve temblar los párpados y adivina las lágrimas que no caen.

La oye quejarse:

—No soy la dueña de ese nombre.

—¿Pero... de su alma, sí?

—Sí; con toda la firmeza de que ella es capaz.

La ve posar la mirada en la línea encendida de las sierras y alzarla hasta la estrella de la tarde que parece llorada por el cielo profundamente azul. Un sentimiento contradictorio y cruel sacude al amigo, envidioso del hombre que goza de un culto tan extraordinario.

—No se fíe usted demasiado de la lealtad varonil. En el alma humana no hay nada seguro; está sujeta a mudanzas; crece y mengua como la luna. El puede ser un inconstante en sus juicios y en sus sentimientos.

Pero se detiene emocionado, porque Lucina ha palidecido terriblemente, quizás alcanzada por la duda. Pero en seguida se recobra, enérgica:

—¡Respondo de él, por mí misma!

—Y arriesga demasiado.

—Pero sé que gano... lo inmortal!

Heredia se calla asombrado, ante aquella alma que tan pronto descubre la frescura de una flor, como el temple de una espada. No se parece a ninguna otra mujer. No tiene par entre las que él conoce, inconstantes y ligeras, bellas, pero iguales entre sí. Está sola. Así hubiera deseado él que fuera la niña que murió pronto. Sus ojos se llenan de lágrimas, mientras piensa en la tristeza implacable de su vida, vacía de amor. ¡Si pudiera salvar a Lucina! Es la íntegra mujer, la que ofrece diversas facetas como el diamante y distintos matices como el iris. Pero la encuentra esclavizada; sus manos se agobian al peso delicioso de unas argollas invisibles; su cuello infantil se inclina prisionero de una servidumbre gozosa; su boca confiesa a un solo hombre que es como un dios humano al cual adora y sirve por el que desearía morir... Arde como una llama, para un culto misterioso. ¡Pobrecita!

Hay un silencio, mecido por la música dispersa que llega del campo, en un zureo, en un trino, en el suspiro de las hojas y el latido del agua. Las montañas se azulan dentro de un velo traslúcido; y en el cielo, de un color de heliotropo, tiemblan las primeras estrellas como un rocío de oro.

—En este mundo nadie logra su felicidad. Vivir es anhelar lo que nunca llega—suspira el doctor Heredia.

—Por el anhelo se asciende. Padecer, es vivir—afirma la voz musical.

—Cuando se padece con esperanzas, puede ser.

De pronto le ve los ojos agrandados. Mira la luna que surge dorada y enorme, como una corola absurda que brotara del ramaje sombrío. La luz amarilla pone en el rostro hechicero un resplandor pálido, inmóvil y sobredora las pupilas muy abiertas. Y la oye quejarse:

—Dios mío...

Aquella sensibilidad que padece con la noche y se alucina con la luna, vuelve a hacerse sospechosa al médico, que intenta pulsar a su amiga. Pero ella se ha recobrado con una sonrisa pálida:

—No es nada. Solamente el recuerdo. ¿No le dije a usted que a él lo veo en todas las cosas?

—¿También en la luna?—sonríe el doctor emocionado.

—También... y usted no puede imaginar cómo.

Callan de nuevo; él piensa alarmado en alguna forma de obsesión que amenace con la locura aquella vida frágil; ella sonríe a una imagen, con la cabeza echada hacia atrás, pálida. El amigo observa el rostro puro y martirizado, la línea móvil de sombra que esparcen las pestañas bajo los ojos entornados, la boca dolorosa y enérgica, el óvalo virginal. Y de pronto comprende el sentido heroico de aquella vida, el combate entre un cuerpo noble y fuerte y el alma entregada y fogosa. Y le parece que ve arder un nimbo febril de santidad en torno de la niña. Compadece:

—El destino le ha dado a usted lo que hoy falta a casi todo el mundo: capacidad de pasión. ¿Qué sería de usted sino fuera por su arte?

Obtiene una respuesta sombría:

—Tal vez me habría muerto.

—Pero sufre acompañada. Es una gloria que compensa la angustia de vivir.

—Es verdad.

Ya no hablan más. El cielo es un campo de violetas y la montaña respira la serenidad de su alma inmóvil y eterna, sobre el alma inquieta de los hombres.

LA SOLEDAD INVADIDA

Las señoras del hotel, "iluminadas" por la poetisa, han descubierto la identidad artística de Lucina. Y se apresuran a solicitar su concurso para una fiesta que organizan a beneficio del hospital de tuberculosos de la localidad.

Alternan las sonrisas con los elogios exagerados, ante el desgano de la mu-

chacha que oye y asiente sólo por cortesía. Se mira las manos pálidas con una expresión de desamparo que su amigo sorprende, desde un extremo del "hall". Y acude a salvarla de aquel vuelo de trajes de colores que se agita en torno de ella y de la charla abundante y fofa que la hace sufrir.

—Es la hora de su paseo—dice galantemente—mientras sorprende un cambio significativo de miradas entre las señoras, que saludan y se alejan satisfechas. Es que todos quieren ver un romance en la amistad que aproxima a los dos solitarios.

Ya bajo los árboles del paseo, le dice:

—Han invadido su querida soledad, Lucina, porque el ruiseñor no tarda en ser descubierto.

Ella sonríe con fatiga y se lamenta:

—Vine a descansar, pero no van a permitírmelo.

La molesta visiblemente el verse descubierta, impedido su deseo de gozar el paisaje, solitaria y silenciosa. La ofende la curiosidad que observa en torno suyo.

—¡Qué rara es, usted!—comenta el amigo—a todos los artistas les complace el halago del público; gozan la popularidad como una atmósfera nutricia. Usted siempre quiere estar lejana; es única en todo.

La ve palidecer, pero está tan acostumbrado a los cambios sensibles de aquel rostro, variable como el cielo, que no se sorprende. Solamente pregunta:

—¿He dicho algo que no le gusta?

—Ha pronunciado una palabra que me duele mucho.

El no quiere preguntarle cuál es; se queda mirándola, porque nunca la ha visto más adorable. Su traje blanco, sencillísimo, parece una túnica o un calasiris; la descubre y la oculta púdicamente, hace resaltar el dorado de la piel y vivir la pincelada rosa de los labios. Es sorprendente la enérgica dulzura de su paso, el gesto vivo con que aparta los follajes, la curiosidad con que detiene los ojos en las cosas bellas y frescas. Respira salud y equilibrio; tiene el cabello todavía húmedo de la ablución matinal y las manos olorosas a hierbas. No trasunta ningún dolor. Solamente en la voz cuando dice:

—Esas señoras van a encontrar muy inmerecidos los elogios que me han tributado antes de oirme. No tengo voluntad ni inspiración para demostrarles que no están del todo equivocadas.

Y se confía con dulzura:

—Porque estoy sin noticias de "él".

—¿Dónde está... él?

—Cerca del mar.

—¿Mientras usted se refugia en la montaña? Son ustedes bastante incomprensibles.

Ella lo mira con asombro y después dice tristemente:

—Debió usted comprender antes, que no se trata de una pasión feliz... ni posible.

Heredia comenta con seriedad:

—Ya lo sé.

—Entonces...

Y no dicen más; siguen caminando entre la vegetación despierta y gloriosa. La plata verde de los álamos retiñe en el viento oloroso, y la luz espolverea de oro líquido los regatos. Y hay una contradicción demasiado triste entre la belleza fuerte del paisaje y la debilidad de la mujer que camina llevándose de vez en cuando la mano a los ojos.

LA OTRA LUCINA

Esa tarde mientras apuran la taza de te en la terraza, la acompañante de Lucina, le enseña desde lejos una carta. Cuando la entrega a su dueña, Heredia advierte en el sobre una letra varonil, aguda y enérgica. Y vé que la muchacha es otra. Parece una imagen hasta la que se levanta una lámpara encendida. Entonces el amigo hace ademán de abandonar su silla; pero ya la niña está de pie, radiante, desconocida. Todo vibra en ella, desde el pie inquieto hasta el ala oscura del pelo que el viento sacude un poco. Y el doctor piensa que es el ala de ese papel, aun no leído, lo que agita en la prisionera el deseo de volar. Porque echa a correr de pronto, como una criatura, oprimiendo su carta, abierto el surtidor delicioso de una risa que jamás le ha oído. La ve perderse como un pájaro, bajo los árboles. Seguramente busca la amistad de la sombra verde, el arrullo del agua, el tapiz del trébol, para comentarios naturales de su goce. Tal vez, el paisaje es el único confidente digno de lo que aquella carta diga. Heredia cierra los ojos, dolorosamente, y la imagina inclinada y palpitante sobre las letras, con el gesto de la sed en la preciosa boca. ¡Una prisionera de amor en estos tiempos! ¿Quién será él? Lo imagina fuerte e insigne, dueño de una magia inagotable, difundido en los paisajes quién sabe por virtud de qué don tal vez inmortal. Sin precisar su rostro, ni dar su nombre, ella lo crea de sí, de tal modo, que alguna vez Heredia ha mirado supersticiosamente en torno, quizás con la esperanza de descubrirlo. Es una presencia invisible que sostiene y vigila a Lucina. Ella es como una nave sujeta al calabrote; se mueve con el impulso de sus alas blancas, pero no puede viajar sin sentir que el cable tira de ella en una sola dirección. ¿Habrá que compadecerla? ¡Seguramente, no! Con su sentido dramático, esa pasión es algo viviente y excelso. No puede inspirarla en una criatura así, un hombre que no la merezca.

Es otra. Florece sonrisas; saluda a la luna de oro con unos versos que tienen ecos de metal y aroma nocturno. Pide al amigo que la acompañe bajo el dosel oscuro de las hojas, y acaricia los troncos al pasar; alaba la esmeralda fugaz de las luciérnagas; asegura que el río canta, enamorado de la noche. Parece ebria, mientras el doctor Heredia calla, comprendiendo la causa de toda su alegría y se asombra de que la llama de unas palabras pueda haber encendido una palidez tan seria. ¡Es que en esta mujer todo es raro y distinto! Su alma contiene el color y el matiz, la voz y el silencio. Ahora es una niña que bate las manos alegremente por cualquier cosa, que saborea con delicia su helado de fruta y envía besos a la belleza dormida de las cosas. Se muestra amable con las señoras que la asedian, sonríe embriagada y ausente a un joven admirador y pone su mano en la de la poetisa.

—Hoy usted no tiene sino catorce años—le dice su amigo.

Ella lo mira asombrada.

—Acaba usted de decirme algo que él me repite a menudo.

—¿El? Tenga usted cuidado. Empieza a mostrarse generosa hasta de su secreto, Lucina. ¿No será **él** quien le ha puesto ese nombre tan bonito que no es el suyo?

—Sí; ¿verdad que es precioso?

—Como hallazgo poético y hasta como... alarde etimológico.

Se pone repentinamente muy seria para alabar:

—El es capaz de toda belleza y de toda sabiduría.

En seguida vuelve a su expresión radiante; contesta con un gesto delicioso al saludo de unos excursionistas. Su compañero la ve vibrar como un junco en la corriente; advierte en sus labios un poco pálidos, un temblor que se parece al beso. ¿Qué dirá esa carta?

Como si adivinara, Lucina se vuelve a su amigo para decirle:

—Dentro de dos días regresaré a Buenos Aires.

Heredia no puede reprimir una sonrisa amarga.

—¿Obedeciendo a una orden dictatorial contenida en esa carta?

—¡Sí!

Abre los brazos como dos alas y corre a sus habitaciones; el vestido saluda con una graciosa ondulación, al perderse de vista.

Mientras Heredia la contempla, uno de los viajeros le dice:

—Es extraña, ¿verdad? Aquí todos estamos un poco enamorados de ella.

El doctor sonríe. Porque el verbo apoyado con intención, le alude maliciosamente. ¿Enamorado él? No. Es que le recuerda a su hija y la admira como una mujer perfecta, capaz de pasión y de equilibrio.

Lo seduce por contraste entre todas las mujeres y le da mucha lástima verla prisionera de un amor inolvidable, enferma de pasión en un mundo que desconoce el sentimiento, cuando no se burla de él.

TODO LO HAGO POR ÉL

La noche del concierto, Heredia encuentra a Lucina, la primera, en la sala dorada del Hotel, dispuesta para el acto, junto al Pleyel suntuoso. Está acomodando unas rosas en un vaso de cristal y le sonríe, mientras su amigo comenta con ironía:

—Usted está lista primero que todas esas damas tal vez entregadas al arte del tocador. Ni siquiera se ha cuidado de la entrada espectacular, ni de la llegada tarde que acucia el interés.

—No puedo soportar la curiosidad de la gente al entrar a la sala. Me quita mucho valor.

Se ve adorable en su traje blanco; no luce ninguna joya y cuando se sienta al piano, la acompaña su sencillez de siempre. Una dulzura infinita que casi parece timidez, la descubre más niña que nunca. Pulsa al piano, muy despacio; a Heredia le parece casi demasiado infantil; por eso admira deslumbrado, la ejecución inesperada, brillante, enérgica en la "Marcha Militar" de Schubert, dulcísima en las curvas del "Vals de Amour" de Mockowsky, apasionada, en la exaltación lírica del primer tiempo de "Claro de Luna".

Cuando concluye y la rodea el calor de los saludos, el amigo la ve extrañamente pálida y fatigada; los ojos febriles, agrandados miran al vacío, la boca se entreabre como deshojada por un beso invisible, las manos están frías como la escarcha.

Más tarde, Heredia, sustrayéndola a la emoción de todos, le pregunta en un rincón de la terraza:

—¿Ha tocado usted pensando en... él?

Obtiene una respuesta trémula:

—¡Todo lo hago por él! Aliento y deseo porque existe; quiero ser mejor y distinta siempre, porque él me quiere.

Y el doctor no puede contenerse, celoso de tanta devoción:

—Es usted una prisionera; ni su arte se libra de esa servidumbre.

Pero la vé exaltarse.

—Al contrario; soy libre, porque lo adoro.

Las dos últimas palabras vuelan en la sombra, como una gloriosa afirmación del amor que nunca muere y suman su ritmo al de la rueda estrellada de la Noche, incansable y eterna como el latido humano.

ADIOS

De espaldas a la sierra, tiende la diestra a su amigo. El recoge ávidamente la mano infantil y genial y la retiene un instante en la suya. La palabra del adiós, suena ágil en los labios de ella, con el movimiento libre de la hoja o del pétalo desprendidos. ¡Qué dichosa se va! El hombre la mira con infinita tristeza. Le parece que por segunda vez pierde a su hija. Faltan unos minutos para que parta el tren. La mañana luce una transparencia de violetas y azules en la sierra lejana. Y el aire dorado vibra como una música y el gozo de vivir enrojece las verbenas que esmaltan el camino.

Heredia piensa: "¿Adiós? ¿Por qué? Sería fácil tomar el mismo tren, emprender el mismo viaje. La vida no es siempre la fatalidad de un itinerario inexorable; podemos imprimirle desvíos que lleven a la felicidad o siquiera a la paz".

Muchas palabras sensibles acuden a los labios del hombre, pero se quedan sin sonido. Y son dulces, tal vez convincentes:

"¿A dónde va usted, querida niña, sola como la última golondrina del verano? Tal vez la aguardan la desilución o el desamparo. El corazón se cansa de esperar así como se cansa de latir. Envejece; sufre el frío y la soledad. Tal vez va usted a la peor de las muertes. Tal vez su extraordinaria vocación de amor la condenará a arder inútilmente como una lámpara sobre un mausoleo. Y usted es tan joven, tan pura, tan saludable, que merece la dicha. Sí; ya sé: la dicha humana no se distribuye con justicia. Pero yo podría ayudarla, porque aun no me he despedido de la vida. Puedo ofrecerle los mejores dones: amor, apoyo viril, comprensión, fortuna Es usted parecida a mi hija y es además una mujer adorable. Yo pondría el mundo en sus manos dulces, como un instrumento musical y dócil. En cambio, va usted a un destino ignorado, combatido, triste. El arte, el dolor y el amor conocen la materia que eligen, pero no reparan en lo que destruyen con tal de crear. Todo en usted es juventud, belleza, sustancia musical, acorde, armonía. ¡Lucina! ¿Por qué deja usted que la pasión la ciegue como a los ruiseñores? Nadie entenderá su devoción en lo que simboliza; el mundo de hoy no quiere ninguna excelsitud a base del sentimiento. Usted ha asimilado todos los gérmenes dispersos de la clásica dolencia. ¡Pobre niña solitaria, adorable!"

La contempla con dulzura y angustia, mientras ella recibe de la mano varonil una sensación de lealtad y de compañía. Pero el discurso elocuente no se oye. El amigo advierte en los ojos femeninos, la sed de otro rostro adorado, ausente. Y todavía piensa: "Algunos amores son una fatalidad que los fuertes aceptan con heroísmo; a pesar de sus manos sujetas, usted es una reina en nuestro tiempo de esclavitudes estériles, porque sirve a un dios inmortal. Por eso, su arte se nutre de la sangre musical que usted llora".

Callan, mientras las almas se despiden en el silencio.

—¡Lucina!

—¿Señor?

¡Qué hermoso es el rostro vuelto hacia él con extraña dulzura, qué niña la mira mientras sube al coche y cuando se asoma a la ventanilla y le conversa, dichosísima! Le asegura el recuerdo, le promete la amistad, se felicita de haberlo conocido. Pero va hacia el otro con todo su amor y su angustia. "Lucina, quién sabe si lo que prefieres vale lo que dejas". Pero es imposible que él no la merezca. Tal vez se necesitan y se corresponden. ¡Y es indudable que la sostiene valerosamente contra su corazón y que la acompaña y la salva!

—¡Adiós!

Le mira las manos apoyadas en el borde de la ventanilla, como si quisiera descubrir huellas o sonidos de cadenas. Y de pronto se acuerda también de los trenes de prisioneros que veía partir en algunas poblaciones europeas durante la guerra. Pero esta prisionera va feliz como un pájaro que dora su vuelo rápido en la luz más alta. Todo ríe en ella, como en la flor reciente. Y todo se inclina hacia el rumbo único que le señala el amor inolvidable. "Mi amor es mi peso; él me arrastra donde quiera que voy".

Y los ojos apasionados aseguran: ¡para siempre! Es un destino que se cumple. Ya suena la campana; los adioses se amontonan febriles y hay un movimiento inusitado en la estación. El doctor besa las manos frías, muy emocionado.

—¡Hasta pronto y que todo sea feliz! Lucina...

El nombre precioso queda aleteando y otra palabra vibra rápida; es la que cierra un episodio fugaz que pudo ser duradero y hermoso:

—¡Adiós!

El doctor Heredia queda solo en la estación; algo muy frío le duele, entrañablemente, como una desgarradura. Pero no acierta a definir el sentimiento de soledad angustiosa que lo hace sufrir. Entonces, levanta los ojos turbios hasta el cielo, donde el cable de una nube rosada tira de la nave del Sol, gloriosamente, hacia el cenit...

Sierras de Córdoba, (Rep. Argentina)
Enero de 1934.

En el aniversario 39º de la muerte del profeta...

(Viene de la página 296)

con visión la lucha contra el imperialismo yanqui. En medio de sus afanes de redención de la Isla estuvo atento a señalar el peligro de los Estados Unidos como nación imperialista. Su concepto de la libertad de Cuba está contenido en esta afirmación: "Plenamente conocedor de sus obligaciones con América, y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano". En esa empresa no comprometió la libertad de Cuba, porque la hizo buscando la ayuda de estos pueblos, sin aceptar el ofrecimiento del imperialismo. Hay por cierto para Costa Rica una referencia honrosa: "De Maceo, de sus fondos le hablaré de una vez. Creía él imposible levantar en San José dinero alguno, y levanté cerca de dos mil pesos americanos". Todos los pasos de Martí en beneficio de esa república independiente están claros en sus cartas y papeles que la devoción y el reconocimiento a su gloria ha ido sacando de archivos para ponerlos a circular por esta América nuestra que pide fuerzas nuevas para no perecer tragada por el imperialismo yanqui. Afortunadamente hay huellas tan puras del paso de arcángel que puso Martí sobre este camino de la libertad de Cuba. ¿Qué sería de él si no las hubiera dejado? No hay quien pueda acusarlo honradamente de traición y de entendimiento con la rapacidad imperialista.

Sus escritos están llenos del dato fecundo. Se cumplen los treinta y nueve años de su muerte y leyendo la carta escrita la víspera a Manuel Mercado siente el lector que lo admira y lo proclama guía visionario, que en ella dejó Martí el más grande documento contra el imperialismo yanqui. Oigamos a este espíritu grande de nuestra América: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré ha sido para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos como ese de Ud. y mío—más vitalmente interesados en impedir que Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, y la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del **Herald** que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les críe, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros". Allí está Martí en su plenitud anti-imperialista, en plena lucha, quebrantado físicamente por la campaña, pero con su visión purísima. Cuando ya no hay posibilidad de que el imperialismo yanqui estorbe la revolución, Martí habla y explica lo que hizo contra el imperialismo, lo que significa la independencia de Cuba en la lucha contra ese imperialismo. Murió al día siguiente de haber redactado documento de tanto valor. No habría muerto si no lo hubiese escrito. Era necesario que lo hiciera para la posteridad. Para esa misma posteridad "vivió en el monstruo" y dejó aquella admirable colección de escritos (1) en los que el lector reflexivo encuentra afirmaciones como ésta: "La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece buena la libertad ajena". Cuanto más se lee a Martí más se le concede el puesto de conocedor máximo de los Estados Unidos. No podía engañarse cuando salió de ellos, de las entrañas del monstruo, a internarse en la selva cubana en lucha contra el coloniaje español. Sabía cómo tratarlos y los trató certeramente. Ni un solo detalle pudo escapársele en su observar diario y esta reflexión lo dice bien: "El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella: un puñetazo les inspira respeto, pero al saludo le enseñan la espalda".

Mucho hay que desentrañar de los papeles de Martí para presentarlo en su órbita anti-imperialista. Allí está desentrañado lo bastante para afirmar en las generaciones nuevas de nuestra América la fe en Martí grande en su batalla heroica. Para esas generaciones hablamos y les pedimos que vuelvan a Martí. Su visión es extraordinaria, como posiblemente no volveremos a encontrarla en otro hijo de esta América. Es imposible sin ostensible mala fe o ignorancia vergonzosa, acusarlo de promotor del imperialismo yanqui en Cuba. Martí no sufre daño con las acusaciones de atolondrados. Pero a Martí hay que buscarlo con devoción cuando lo acusan injustamente. El lector debe saber que hemos leído por ahí en una publicación izquierdista mexicana el cargo pueril de que Martí fué **el primer agente del imperialismo yanqui en Cuba.** Y a ese cargo respondemos, los que lo respetamos y lo seguimos como a guía de visión certera, con las propias palabras y hechos de Martí en contra del imperialismo que ahora le atribuyen. Ignorancia o mala fe nada más. La mejor forma de honrar al hijo de nuestra América en este aniversario de su muerte es difundiendo sus ideas americanistas y por lo mismo, de fuego anti-imperialista.

(1) *En los Estados Unidos*, tomos III y IV de sus Obras, edición de Gonzalo de Quesada.

La sombra en el camino del hombre

Por LEONARDO PENA

= *Colaboración*. París, abril de 1934. =

El talento, como toda facultad humana, está continuamente sujeto a enfermedades que diríamos provechosas, a errores que llamaríamos útiles y a fracasos que constituyen una enseñanza, pues, es tras esas largas convalecencias, que son como una purificación y como un renacimiento, que cerradas las heridas abiertas, repuestos los tejidos lacerados y reparadas todas las pérdidas, el realce de las tramas ofendidas toca la cúspide, el conjunto de los órganos remonta a su máximo y las riquezas del espíritu, refundidas en sus herméticas profundidades, alcanzan su forma esencial, al mismo tiempo que en él renace, poderosamente, la gran fuerza atenta que, en sus ocios recogidos, vuélvese veraz, ingenua, original y libre como un canto dicho sobre el mar y sobre el cielo. Pero ¿quién es aquel que puede penetrar anticipadamente en el secreto de nuestro doliente y aterido cerebro—; cuán aterido y cuán doliente!—para señalar la necesidad de tales experiencias, de tales enfermedades, de tales errores y de tales caídas? ¿Quién es aquel que pueda adelantarse al destino en un vuelo bárbaro, para sobornar al tiempo y pedirle el anticipo de sus fallos y el secreto de sus veredictos? Sólo la vida, sólo la substancia y la naturaleza de nuestro ser, que es, por cierto, más alta que la voluntad y más profunda que el pensamiento; sólo ella, que hace lo que hace porque debe hacerlo, porque no podría

dejar de hacerlo. Es a ella, pues, a quien debemos de remitirnos en nuestros grandes y terribles momentos de duda, de vacilación y de dolor; a ella, que nos ha enseñado a afirmarnos y a obrar, porque las palabras dichas por sobre el corazón, conservan un efecto indestructible; a ella, que ha puesto en nuestros actos esas manifestaciones sinceras que siempre sirven a alguien o a algo, y que en nosotros ha puesto ese poderoso instinto de conservación, que hoy nos empuja en un sentido y mañana en otro, pero que constantemente nos mantiene en una grave esperanza y en designio sin errores. ¿No es ella la que, conociendo las necesidades y agitaciones del pensamiento en acción, nos lo revela en toda su tortura, a nosotros que sólo somos el instrumento afianzado por el destino y que, si le prestamos tan abnegadamente nuestro concurso, es para desaparecer en cuanto él ha sido realizado, a fin de alterarlo lo menos posible, ya que es preciso que el elemento misterioso que fluye de toda energía productora, sea puesto por encima de la discusión y del juicio?

La vida intelectual debe conservarse pura, lejos de toda repercusión dañina, en la pompa esencial de su estado, pues, el que aloja en su espíritu dificultades extrañas, no vive la vida real, la sincera vida de la naturaleza, que nos enseña a ser serenos, a no arrodillarnos ante nada, ni ante nadie y a no temblar ante lo que no nos atrevemos a concebir. Porque ¿quién es aquél que queriéndonos herir, no sepa hacerlo? ¿Acaso no hay en cada una de nuestras vanidades un punto vulnerable como el talón de Aquiles? Para herirnos en nuestras obras basta que nos apliquen esa crítica negativa que consiste en buscar lo que nos falta, en vez de ver lo que tenemos. ¡Ah! Pero, que nuestra inteligencia no sufra la repercusión de tan mezquinos dolores. El magisterio natural de los instantes señalados nos indica lo que es nuestro y en donde se encuentra, para que podamos tomarlo cueste lo que cueste. De otro modo nos exponemos a sufrir las horribles torturas de ese gran Amiel, que por obedecer a reglas de arte procedentes de otros, no dejó sino una obra de valor, aquella en que se abandonó a su espontáneo genio: el **Diario Intimo.** A la crítica no debemos darle, pues, ninguna importancia, porque nadie puede señalar el camino que dentro de nosotros va a seguir esa savia tenaz que marca la dirección de nuestros futuros esfuerzos, y porque nadie sabe el rol que cada una de nuestras composiciones juega en el desarrollo de nuestro espíritu.

El artista hace sus obras como el rosal da sus rosas: libremente, espontáneamente, empujado por la señorial corriente humana que no ha nacido para ser encauzada. ¿Por qué, pues, empeciñarse en pedirle frutos que no puede dar? ¿O queréis que, rompiendo vitrinas ajenas, tome de allí modales, acciones y métodos, convirtiéndose, de un hombre libre que era, en un ratero vulgar? Que cada uno dé lo que tiene: el que crea canciones, que dé canciones; el que florece en sonrisas, que dé sonrisas y el que no posee sino músculos, que los explaye en la transparencia de sus fuerzas, pues, de otra manera nos exponemos a confundir al labrador, con el niño y con el poeta. Y fijaos en la mujer: nunca es más hermosa que cuando es mujer: cuando ejerce el poder de su debilidad sometida, poder más puro que el aire de los cielos y más fuerte que los mares de la tierra; cuando dobla la cabeza para escuchar lo que le dice el corazón; cuando siente la profundidad de un dolor y concibe la manera de curarlo; cuando desdeña de comprender lo que desea admirar, porque no sabe admirar sin amar, y en fin, cuando tiene el entusiasmo que acepta, sin importarle el entusiasmo que obra, aunque el primero sea una ceguera y el segundo una luz. Jamás debemos atar a nadie, ni aun al banco de una escuela, porque el bien que la escuela produce, desaparece ante el mal que entraña una cadena.

El artista creando una obra, que es el signo de "su" alma y no el signo de las almas cuyas obras gozan, en aquel momento, del renombre, es el más noble espectáculo que le sea dado contemplar a un pueblo, porque entonces se ve el extraordinario fenómeno de una fuerza que crea su medio y que hace su público; de una fuerza que, vacilante en un principio, va acentuándose poco a poco, hasta convertirse en una poderosa corriente de humanidad; de una fuerza que se transforma en signo y que, por encima de las influencias del gusto y de las costumbres ambientes, separa de la masa vaga del público y atrae hacia sí, con fuerza magnética, a la multitud de los hombres cogidos por la admiración.

Como el nadador en el río, el hombre encuentra obstáculos en todas direcciones, menos en la que le señala como término, el infinito mar. Y luego que es inútil toda resistencia, porque lo que ha de ser, será. ¿Acaso el enojo del campesino logra apresurar la madurez del fruto? El hombre sólo es fuerte cuando obra en espontaneidad, cuando se convierte en el tragaluz de su propia razón, en el respiradero de su propio carácter, en el vehículo de sus propias aspiraciones. Todo lo demás es vano esfuerzo. ¿Es que estamos obligados, por ventura, a abrirle nuestra casa a todos los que pasan por delante de ella? Los acontecimientos se deslizan frente a nosotros; pero, no todos se detienen a saludarnos: hay algunos demasiado humildes que no se atreven a detenerse y otros demasiado orgullosos que desdeñan hacerlo. Pero, mientras más alta es la situación de nuestro espíritu, mientras más rica es su facultad de percepción y mientras más nobles son sus sentimientos, mayor será la cantidad de sucesos amigos, porque lo que el ojo ve es sólo un reflejo de lo que tiene.

Y si lo que constituye una fiesta para mí, logra convertirse en una fiesta para los otros; si lo que a mí me ilumina, acaba por iluminar también a los demás; si lo que me hace bien a mí, se transforma en un bien general, enjugando esas vidas dolorosas, que en el tejido latente de los días, sienten escasear la economía preferible, si algo de eso sucede, la recompensa ha sido alcanzada, porque el que ha ayudado, aunque sólo sea imperceptiblemente a la obra del mundo, ha vivido. Y si nada de eso sucede, la recompensa ha sido también obtenida, porque el esfuerzo ha sido domado y porque también vive el que tiene conciencia de la obra del mundo, aunque no le haya sido dado el alimentarla con la púrpura de su sangre, con las células de sus músculos o con el grito todo entero de su pasión y de su genio. Con sólo abrir las puertas de nuestro espíritu a la rosa de los vientos, hemos realizado nuestro destino, porque tanto las cosas que nos llegan, como las cosas que se van, son las encargadas de ponernos en comunicación con velada equidad de las recompensas.

Ninguna hinchada insignificancia puede, pues, poner atajo al hombre que va hacia sí mismo y que, después de formar parte de una familia, de una parentela y de una patria; que después de haber sufrido el horror de muchos infortunios, de muchos azares locos y de muchas tercas influencias; que después de haber sido arrojado en medio de las resistencias y adaptaciones que constituyen la vida, y que después de haber compuesto su labor, como todo ser humano, con hallazgos y cosas conocidas, coge la antorcha del arte en tal momento y la conduce hacia tal otro, haciéndolo progresar. Y si su obra produce una sombra espesa en el camino del hombre, debemos alabarla más que si no produjese sombra alguna, porque sólo lo que es profundamente humano y lo que nos toca en la raíz de nuestro ser, es lo que constituye, para nuestro débil corazón y nuestra conciencia dilatada, el supremo consuelo.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Lectura de Diderot

Por FRANCISCO ROMERO

= Del *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.* Buenos Aires, Rep. Argentina =

La vida de Denis Diderot corre de 1713 a 1784; nació un año después que Rousseau y diecinueve después que Voltaire, ambos desaparecidos seis años antes que él, en 1778. Estos tres nombres: Diderot, Rousseau, Voltaire, conviene no separarlos mucho; casi juntos realizaron los tres su tarea, una tarea específica que no fué la del mero hombre de letras, ni la del filósofo, ni la del político, pero que participó de todas ellas.

Se cometería, pues, grave injusticia juzgando a Diderot sólo por su arte o sólo por sus ideas. En cuanto escritor, Diderot es muy desigual; predomina en su prosa un tono de cosa dicha, hablada, que contribuye a animar sus páginas. La vida tumultuosa y abigarrada que suele desbordarse en sus escritos nos cautiva frecuentemente, sin que por esto el lector culto actual pueda transigir por completo con su innata grosería, con su insistencia en el tema desvergonzado: literatura a veces "para hombres solos", en la que se suele ir a buscar esta o aquella anécdota clásica de sabor picante. Gran escritor con todo, hombre que se "realizaba" mediante la palabra oral o escrita, convertida por su versatilidad genial en vehículo de las ideas, las pasiones y las manías de su tiempo.

Sus contemporáneos le otorgaron generosamente el título de filósofo. Pero **filósofo** en el siglo XVIII no significaba rigurosamente lo que ahora significa. La escasa densidad de su pensamiento desde un estricto punto de vista teórico no le impide, sin embargo, ocupar por derecho propio un puesto considerable en la historia de la filosofía. Más aún: el cuadro del pensamiento filosófico francés del siglo XVIII estaría incompleto si se le omitiera.



Dionisio Diderot

Y es que el espíritu humano, más allá de cada hombre y por sobre todos ellos, tiene su propia historia y su propia dialéctica, y en esta historia el siglo XVIII fué el clima propicio para los hombres del temple de Diderot. Un gran creador, un espíritu original en lo teórico tal como aquellos que abundaron en el siglo XVII, hubiera tenido poco que hacer en el XVIII, siglo político por excelencia, que recogió una rica herencia de pensamiento y tenía prisa en colocarla al mejor interés. Y, como tantas otras, esta época supo forjarse los hombres que necesitaba, los grandes administradores del capital allegado por otros, los políticos de las ideas, los divulgadores y realizadores. Cuando comparamos estos hombres—un Voltaire, un Diderot,—con los del siglo anterior—sirvan de ejemplo Spinoza o Descartes,—tenemos la impresión de un descenso vertiginoso y de una pura transparencia que se enturbia: exactamente lo que le pasa al agua cuando baja de la nube y fecunda el terruño.

Diderot, personaje típico del siglo XVIII francés, sólo puede entenderse en función de su siglo. Y no de la historia política, o literaria, o filosófica de su tiempo, sino de la historia total del espíritu del tiempo, donde todo eso y otras cosas se integran y mutuamente se complementan y explican. Las interpretaciones de las grandes etapas del espíritu, habituales ya en otras partes, suenan aún a rara novedad entre nosotros. Cuando nos acostumbremos a ver animado y activo el fondo sobre el cual el individuo recorta su figura, lo comprenderemos mejor, percibiremos su solidaridad con los coetáneos y —por la continuidad histórica— con los que vienen tras él. Diderot, que fué el más abnegado obrero de la **Enciclopedia,** tiene mucho que ganar cuando se lo contempla a esta luz, porque acaso su mayor mérito, capaz de redimirle de tantos pecados, fué su conmovedora fidelidad al destino y al sentido de su siglo.

Para una lectura que no se propongan agotar al escritor, la edición más accesible es la de Garnier, **Oeuvres choisies,** en dos tomos; traducción española de la misma editorial con el título de **Obras escogidas.** Comprende muchos de los escritos más significativos de Diderot, pero no su singular novela **Jacques le Fataliste et son Maitre,** que puede leerse también en edición de Garnier. Para una estimación general e indicaciones bibliográficas, consultar algún buen manual de historia de la literatura francesa, por ejemplo, el de Lanson. Para un cuadro seguro y sucinto de la época literaria y la situación de D. en ella, Brunetiére, **Manuel de l'Histoire de la Littérature francaise** (Livre II, chapitre III). Una visión de la cultura de la época, también breve, la proporciona el capítulo inicial de la **Historia de la Revolución francesa** (es uno de los volúmenes de la **Historia Universal,** que está publicando Espasa-Calpe).

Imprenta «LA TRIBUNA»